

Rafael Altamira y la crisis regeneracionista: patriotismo, historia, educación

Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA

Rafael Altamira y Crevea, ganó en 1897 la Cátedra de Historia del Derecho de la Universidad Literaria de Oviedo. Recién llegado al Claustro de la preclara «*Alma Mater*» asturiana, fue designado para pronunciar el Discurso de Apertura del Curso Académico 1898. Comenzaba su docencia universitaria con ese solemne Acto en el que se exterioriza el Cuerpo de Maestros y Discípulos tomando contacto con los componentes de la Sociedad en cuyo seno vive y de cuya savia se nutre la Universidad. ¿Cuál podía ser la lección magistral corporativa en unos momentos en que se unían sentimientos de regeneración nacional, con problemas autonómicos cubanos, levantamientos de sectores sociales de Cuba dispuestos a conseguir la independencia y, en fin, el peligroso camino hacia la guerra que conducía al enfrentamiento con los Estados Unidos?

Los hechos anunciaban un profundo hondón psicológico social de imprevisibles consecuencias políticas, en el prosaico fin de siglo. Apuntaba una crisis de sentimientos, un fuerte cambio espiritual, un fuerte choque económico. Tres vías que, unidas en el tiempo, originaron en la opinión pública española una conciencia de «*desastre*», un ambiente extremadamente pesimista respecto a cual iba a ser el futuro de España, una discusión en la que chocaban opiniones y dialécticas en el peligroso piélago de «*tradición*» y «*progreso*», en ninguna de las cuales se tenía para nada en cuenta cual había sido la experiencia proporcionada por la historia nacional.

En tales condiciones, los historiadores españoles —¿había historiadores españoles capaces de cumplir la misión del historiador que es comprender la realidad y analizarla para que la opinión pública tenga posibilidad de asimilar los núcleos esenciales del discurso histórico?— cedieron sus inquietudes, por otra parte me-

ramente positivistas, a los novelistas¹, como más adelante, entre 1914 y 1930, cuando se planteó el momento de la reflexión, también los historiadores cedieron sus objetivos explicativos y de comprensión a los pensadores, muy particularmente, a la figura de Ortega y Gasset², proclive, desde la cátedra a explicar cuáles eran los índices esclarecedores acerca de la situación de la ciencia de la Historia.

De modo particular cuando, a consecuencia de la aparición del *Sein und Zeit* de Martin Heidegger (1927), abandonó decididamente el nivel del conocimiento historiográfico para adentrarse en lo que denominó historiológico, es decir la Fenomenología categorial y la Metafísica de las realidades³. En este ambiente predominante en España a partir del año 1898, 1 a polémica intelectual y de aplicación de los modos de conocimiento y de los saberes, que se extendió hasta la guerra civil, caracterizada por los fuertes antagonismos de ideas, es cuando debe situarse justamente en su momento inicial, el discurso de apertura de curso del catedrático de la Universidad de Oviedo. El tema se refiere a la importancia que, en tal situación, debía tener el patriotismo, ante «los graves problemas nacionales y las terribles desdichas sufridas por la Patria». La elección del tema, lo hace debido «a la seguridad absoluta: que tengo... de que los hechos ocurridos... son puro efecto de otros íntimos de nuestra personalidad nacional...»⁴

Sin duda, Altamira es el primero —en la línea regeneracionista— que trata de encontrar respuesta a la grave cuestión de cuál es la razón profunda acerca del

¹ Véase de BIRUTÉ CIPLJASKAITÉ: *Los Noventayochistas y la Historia*, Madrid, J. Porrúa Turanzas, 1981. Hace referencia explícita de modo particular a la novela histórica que entiende como configuración sintética de la Filosofía de la Historia o como reacción a la situación histórica del momento o a la novelización de la historia.

² JOSÉ ORTEGA y GASSET: *Textos sobre el 98. Escritos políticos (1908-1914)*. Selección de Andrés de Blas. Introducción de Vicente Cacho Viu. Madrid, Biblioteca Nueva, 1998. Es conveniente también de Ortega y Gasset *Meditación de nuestro tiempo*, (las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928), edición de José Luis Molinero, México, F.C.E., 1996. Para comprender el efecto producido por las ideas de Ortega sobre la juventud española. Vid. GREGORIO MORÁN: *El maestro en el erial*, que aunque referida a los años 1945-1956, es más aplicable a la confusa situación intelectual de España en los años 1918 a 1936. Sin duda no tiene en cuenta la muy evidente división de dos etapas en el pensamiento y las ideas del eminente pensador español. Nos referimos inmediatamente a esa segunda etapa de Ortega.

³ La obra de MARTÍN HEIDEGGER, *Sein und ZEIT* (1927) y las de N. HARTMANN: *Das Problem der Geistigem Seins y Der Aufbau der Realen Welt*, recogidas después en su *Ontología* (5 Vols. Traducida y publicada en México por JOSÉ GAOS, y el fondo de Cultura Económica de México, abrió la vía a la historia analítica. Apud. M. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: «La historia analítica en la dimensión de las ciencias humanas y sociales». *Revista Clio*, Año 76, Santo Domingo, 2007.

⁴ RAFAEL ALTAMIRA: *La Universidad y el Patriotismo*, Oviedo, Establecimiento Tipográfico de Adolfo Brid. 1898.

pesimismo que se origina en la mentalidad española del «desastre», que condujo el modo de pensar de aquellos que se plantearon, desde las diversas perspectivas el regeneracionismo⁵ hasta constituir una larga serie de ideas acerca de la decadencia de España, la falta de razón, el exceso de pasión y la caída en la inacción de los españoles, así como las debilidades originadas por la intolerancia, la permanente búsqueda de diferencias, capaces de quebrar el sentido fundamental de los condicionamientos culturales y espirituales que fueron la base del ser histórico español y el eje de la singularidad que otorga los más destacados caracteres y la personalidad de lo hispánico: la universalidad y el rechazo del relativismo; la afirmación de los valores unitivos del ser nacional replegado sobre la historia, cumplida en el tiempo integral que la constituye⁶.

Altamira expresa con convicción cuales son, a su entender, las condiciones esenciales «*para nuestra regeneración nacional*». De ellas considera ineludibles: «*restaurar el crédito de nuestra historia con el fin de devolver al pueblo español la re en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada y (para) aprovechar todos los elementos que ofrecen nuestra ciencia y nuestra conducta de otros tiempos*»⁷. Es decir, dado que el trasfondo de la discusión polémica, era cuál debía ser la forma del futuro, no la del pasado, resultaba que los polemistas, de distinta filiación política, elaboraban interpretaciones alternativas del pasado nacional, adaptando la realidad histórica a su propia interpretación, con objeto de legitimar sus respuestas de reforma política, social o cultural a sus propias intenciones intelectuales. Los *progresistas* creían propio de su modo de pensar, como solución más efectiva, rechazar la historia nacional o, al menos, las partes que encontraban con mayor dificultad para «*adaptar*» a sus ideas regeneracionistas.

Lo que mas apreciaban y defendían sus antagonistas —católicos integristas e incluso moderados, como también los conservadores, demócratas y republicanos— era desacreditado, cuando no rechazado de una manera prácticamente refleja e instintiva. Cuando los católicos acusaban a la dinastía de los Borbones

⁵ Véase el análisis histórico llevado a cabo por JAIME VICENS VIVES: *Historia social y económica de España y América*, tomo IV, vol. II, *Burguesía. industrialización. obrerismo*, Siglos XIX-XX Barcelona, Editorial Teide, 1959.

⁶ SALVADOR GINER y RICARDO SCARTEZZINI (eds.): *Universalidad y diferencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

⁷ El subrayado es nuestro para destacar la idea tan importante expresada por Rafael de Altamira acerca de la importancia formativa de la Historia en la forja del espíritu nacional.

de separar a España de su verdadera identidad, los progresistas achacaban a los Habsburgo lo mismo. Y es que en la década de los años sesenta del siglo XIX, nada era valorable, nada era de provecho, nada de valor en la historia de España. Así puede apreciarse en la oratoria de Emilio Castelar en el vendaval intelectual de 1868: «No hay nada más espantoso, más abominable, que aquel gran imperio español que era un sudario que se extendía sobre el planeta. No tenemos agricultores porque expulsamos a los moriscos, no tenemos industria porque arrojamos a los judíos... No tenemos ciencia, somos un miembro atrofiado de la ciencia moderna. Encendimos las hogueras de la Inquisición, arrojamos a ella a nuestros pensadores, los quemamos y después ya no hubo de las ciencias en España más que un montón de cenizas»⁸.

En realidad, la materia a destruir era la Historia de España, aunque es importante distinguir. Porque no se trata de la historia-realidad pues esa es indestructible; lo que se quiere destruir es la Historia-conocimiento, a la que los críticos progresistas criminalizaban por transmitir a los españoles una imagen distorsionada y falsa de la historia. Una confusión atroz entre realidad, sólo accesible por los caminos de la investigación, que sólo los inexistentes historiadores podían hacer, en todo caso, desde planteamientos meramente positivistas o mediante un narrativismo por parte de novelistas. Ni unos ni otros superaban los límites de la «*historia interna*» que nunca alcanzaba más que una débil revelación del espíritu nacional. De manera, pues, que las dimensiones liberales o conservadoras de unos u otros, originaron el trauma de la historia nacional que, al final, acabó por desaparecer de la conciencia ética de los españoles.

Contra esta situación, centrada en la ideologización de la Historia de España inició Rafael de Altamira su gran batalla con objeto de reconstruir la estructura de la Historia de España y adaptar a ella la conciencia de los españoles. Lo hizo en el citado discurso de inauguración de curso de la Universidad Literaria de Oviedo en 1898. Ese mismo año comenzó una investigación sobre el carácter

⁸ La inasistencia en tales opiniones propias de «leyendas negras», sin consistencia alguna en la realidad histórica, motivó la vigorosa reacción de Menéndez Pelayo que produjo, a su vez, una revitalización de la polémica en planos ruidosos: las Universidades, el Parlamento y los periódicos. ¿No se debe a tal estado alterado de opiniones el hecho de que Cánovas del Castillo se recluyese una larga temporada en el Archivo de Simancas, el gran depósito documental de la época de los Asurias con objeto de comprobar la *phylis* entre poder monárquico y sociedad civil. Apud. MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: *Cánovas del Castillo: e diseño de una política conservadora*, Madrid, 1998, así como el prólogo del mismo autor a las *Obras Históricas de Cánovas del Castillo*. En *Obras Completas de Cánovas del Castillo*.

naciona⁹, así como la traducción del «Discurso a la nación alemana» de Fichte. Con posterioridad su influyente manual, inicialmente escrito como libro de texto de Bachillerato y Universidad, aunque tuvo una audiencia tan amplia que se convirtió en la Historia de España para una generación de españoles e hispanistas¹⁰. Todavía afirmó más el combate por la historia al publicar *La enseñanza de la Historia*, que supone la síntesis de todas las preocupaciones que había ido exponiendo hasta entonces, tanto para perfilar el sentido moderno de la Historia, cuanto, sobre todo, la decisiva importancia para conseguir una conciencia histórica comunitaria, entendida como una «fuerza vital en la forma que llamáramos comúnmente opinión pública»¹¹.

En 1909 llevó a cabo el profesor Altamira un viaje por casi toda Hispanoamérica que resultó de inmensa importancia para el establecimiento de una relación humana y científica entre aquellos países y España¹². Recibido a su regreso por Su Majestad Don Alfonso XIII, prestó el Rey una extrema atención al relato e intervino cerca del entonces ministro de Instrucción Pública interesándole por la dotación e inmediata provisión de una Cátedra de «Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América» en la Universidad Central para el Doctorado de las Facultades de Filosofía y Letras y Derecho. La fina sensibilidad cultural e histórica de Don Alfonso XIII supo apreciar la importancia del viaje americano de Altamira¹³, poniendo en la cátedra madrileña la primera piedra para el desarrollo inmediato del Americanismo español en la Universidad Central¹⁴.

⁹ RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA. *Psicología del pueblo español*, primera edición, 1902. Segunda edición, Barcelona, Editorial Minerva, 1917. En esta edición incluye dos artículos publicados en *La España Moderna*, de enorme interés en torno al tema.

¹⁰ RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA. *Historia de España y de la civilización Española*, Tercera edición revisada, 4 Vols. Barcelona. Herederos de Juan Gili, 1913. En la estructura de esta obra fundamental, es de señalar cómo el autor se aproxima al concepto de historia analítica al mantener un equilibrio en la exposición histórica entre historia política, institucional y cultural.

¹¹ *La enseñanza de la Historia*, Madrid, 1891, 2.ª edición, Librería de Victoriano Suárez. La edición más reciente se debe a Ediciones Akal, Madrid, 1997. Esta, así como las anteriormente citadas, tienen un paralelismo claro con la obra del historiador francés LUCIEN FEBVRE. *Combats pour l'histoire* (1960), si bien Altamira se adelantó para establecer la necesidad urgente de conseguir una conciencia nacional para la regeneración de la Nación, contribuir a la formación de una coherente opinión pública y el entendimiento entre los distintos pueblos participante en una historia común e indivisible en la singularidad relevante.

¹² El viaje lo relata en *Mi viaje a América*. Lo valora muy inteligentemente su biógrafo VICENTE RAMOS: *Rafael Altamira*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1968, escrito en el primer centenario del nacimiento.

¹³ Cfr. JOSÉ MARÍA JOVER ZAMORA. *La España de Alfonso XIII*, Introducción al tomo de la *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1995.

¹⁴ MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA. *El Americanismo español*. Discurso de ingreso en la Academia Nacional de la Historia Argentina, Buenos Aires.

La huella dejada por Don Rafael Altamira y Crevea en el sistema educativo español, presenta una dimensión de fuerte incidencia en la decisiva función del estudio, la investigación y el conocimiento formativo por parte de la sociedad para conseguir una opinión pública inmune a las particularidades ideológicas, la plena sanidad de la verdad, que constituyen únicos parámetros válidos para alcanzar un nivel pleno de objetividad en la emisión de cualesquier idea que ofrezca un nivel de plenitud y efectividad nacional, sin dejar por ello de tener en cuenta el pluralismo y la intensidad coparticipativa de cada uno de los sectores concurrentes al espíritu nacional; en definitiva, un eje racionalizador de la identidad¹⁵.

El problema de España, que salta una y otra vez en la obra de Altamira es, sobre todo, educativo, según lo ha estudiado en un libro admirable la profesora de Historia de la Universidad de Texas, Carolyn P. Boyd¹⁶. En un plano nacional, la educación es consecuencia de la interacción de política, historia e identidad. No se trata de considerar la formación de un nacionalismo español, que no tiene nada que ver con las funciones históricas universales, creadas por España en su trayectoria histórica. Se trata de advertir algo que suele ocurrir en el mundo histórico en épocas de crisis, en la cual se produce una fragmentación del ideal existencial en torno al cual el mundo histórico se estructura y funciona perfectamente. La crisis histórica, producida por una mínima unidad capaz de originarla —una *vivencia existencial* que Dilthey llamó «*erlebnis*»— consigue la ruptura del ideal existencial en distintos fragmentos. El mundo histórico, que funcionaba en relación con ese ideal existencial, ahora fragmentado, en razón a la espontaneidad que llamamos libertad, se integra en cada uno de esos fragmentos. Con ello el funcionamiento del mundo histórico pierde regularidad, se desequilibra en una inestabilidad que puede ser estructural o funcional, con lo cual se rompe la identidad del mundo histórico.

Boyd lo explica en el tiempo largo (1875-1975); aquí se centra en el tiempo medio generacional, con la incidencia del pensamiento histórico de Altamira en

¹⁵ Véase OSCAR HANDLIN. *Truth in History*, Harvard University Press, 1979 (Ed. Española FCE, 1982), plantea cuáles con los abusos de la Historia, en la medida en que abandona la línea educativa comunitaria del pasado histórico para dejarse llevar por los partidismos, utilizando la historia-realidad para alcanzar fines propios, que nunca harán referencia a todos, sino a una parte del conjunto.

¹⁶ La edición española es de Pomares-Corredor, S.A., Barcelona, 2000, lleva como título *Historia Patria. Política. historia e identidad nacional de España. 1875-1975*. Con amplias notas eruditas, bibliográficas y documentales; índices analítico y depurada bibliografía.

orden a «recuperar la historia», en la línea activa del «regeneracionismo», a partir del eje cronológico de 1898. Desde el cual se produce la co-incidencia de tres factores endémicos en la historia de España: debilidad del Estado, acentuadamente progresiva; profunda división de la clase política, escasamente democrática y un clima social de creciente polarización. Ello hace imposible la estructuración de un sistema efectivo de educación nacional y, desde luego, cualquier acuerdo consensuado acerca del significado e importancia constructiva del pasado histórico nacional. Se quiebra entonces el fluido de una genética histórica viva, sin cortes, ni recortes, sino vigente en su totalidad, sea cual fuese la derivación de ideas contingentes que, por ello, son circunstanciales.